

DIOS, CREADOR Y PADRE

¿POR QUÉ CREÓ DIOS PERSONAS, INTELIGENTES Y LIBRES?

¿POR QUÉ CREÓ DIOS LA MATERIA DESPUÉS DE CREAR ÁNGELES?

¿POR QUÉ CREÓ DIOS AL HOMBRE?

¿POR QUÉ NO HUBO REDENCIÓN NI ARREPENTIMIENTO PARA LOS ÁNGELES?

¿PUDO EL HIJO DE DIOS HABERSE HECHO ÁNGEL?

¿POR QUÉ NO PUEDE HABER ARREPENTIMIENTO DESPUÉS DE LA MUERTE?

¿CUÁNDO OCURRE LA RESURRECCIÓN INDIVIDUAL?

¿POR QUÉ NOS DIRIGIMOS A DIOS CON EL TÍTULO DE "PADRE"?

Un análisis filosófico y teológico, sobre bases científicas, de los conceptos más profundos de nuestra Fe, para conseguir una mejor comprensión de la realidad de Dios, del Hombre, y de nuestro destino eterno.

Manuel M^a. Carreira, S.J. – Univ. Comillas, 2000

DIOS, CREADOR Y PADRE

El concepto filosófico y teológico de Dios como perfección infinita y esencial, fuente única de realidad, fuera del cual nada puede tener existencia independiente, nos presenta aparentes paradojas o antinomias que nos obligan a pensar más profundamente conceptos de actividad, vida, tiempo, que solamente en una forma analógica podemos aplicar a El a partir de nuestra propia experiencia. Este esfuerzo por comprender el contenido de la fe es el quehacer propio de la Teología, y de él viene un enriquecimiento intelectual que debe ayudarnos también a vivir el contenido de los dogmas, concretamente del dogma de la creación y de nuestro destino eterno.

CONTINGENCIA y CREACIÓN

Por el estudio del mundo de la materia en sus diversos niveles, es posible llegar a la conclusión básica de que su *mutabilidad* es siempre una indicación de *contingencia* esencial. Aquello que está sujeto a cambio, sea cual sea, demuestra en esa *capacidad de ser de diversas maneras* que su esencia no está necesariamente determinada para un modo de existir concreto dentro de la ilimitada variedad de modos posibles. Y como toda existencia *real* se da de un modo y no de otros, es lógicamente necesario encontrar una razón suficiente de que sea así: no basta como respuesta un simple constatar el hecho ni atribuirlo a un azar que, últimamente, no es sino el equivalente a un *porque sí* que no satisface ni a las preguntas más elementales de un niño.

La contingencia de todo lo que nos rodea, y de nosotros mismos, es ininteligible sin una actividad previa de un agente no contingente -para no caer en un proceso sin fin- que debe escoger el modo de existencia de aquello que no tiene modo propio único y autodeterminado. De este modo se impone la idea de un Creador inmaterial, infinitamente inteligente y poderoso, concededor de todas las posibilidades de existencia, libre para escoger entre ellas y de potencia tal que puede hacer que donde no hay nada comience a existir algo, una realidad nueva que depende totalmente en su esencia y existencia de la actividad gratuita del Creador necesario.

La razón de la gratuidad se encuentra en la misma idea de ser necesario, que implica la inmutabilidad: no puede ser sujeto de cambio alguno lo que está totalmente determinado por su esencia, sin lugar para modos nuevos de existir. Consecuentemente, la creación no puede ser algún tipo de desarrollo interno predeterminado ni emanación de tipo más o menos panteístico: lo que se crea no puede ser parte del creador, pues lo contingente no entra en el Ser necesario.

La llamada *Teología de Proceso*, en cuanto puede llevar a afirmaciones de cambio intrínseco en el Creador, es contradictoria con la idea básica en que se apoya el raciocinio que nos lleva a exigir su existencia como razón suficiente de lo contingente. Y la autosuficiencia esencial de una naturaleza necesaria impide concebir que la creación de algo externo e infinitamente inferior al Creador sea exigida en modo alguno por una necesidad de auto-realizarse.

Dado que el cambio, físico o psicológico, es la indicación y fuente de la percepción del tiempo y de su medida, el ser inmutable está también *fuera del tiempo*: es a-temporal y a-espacial, ya que tiempo y espacio nos aparecen tan íntimamente ligados que la filosofía -lo mismo que las ciencias físicas- nos muestran que ambos parámetros solamente son aplicables a realidades contingentes. Ese es el significado de los atributos de Eternidad e Inmensidad que se aplican al Creador, no como indicación de magnitudes infinitas en grado pero del mismo orden que el espacio y tiempo de nuestra experiencia, sino como afirmación de un modo de existir en que ambos son tan inaplicables como pueden serlo los conceptos de peso o de color.

Siendo esto así, *¿por qué crea Dios?*. Si el crear no puede añadir nada a su felicidad ni a su perfección, parece que nos quedamos sin respuesta en términos humanos: de un modo u otro, nuestras acciones se justifican por algún beneficio, real o imaginado, que esperamos conseguir. Aunque solamente sea la satisfacción del deber cumplido o de una acción hermosa y buena, hay un enriquecimiento psicológico que nos desarrolla como personas, en un modo que es obvio a quien compare una vida de egoísmo y pereza mental y física con una vida llena de realizaciones humanas,

sociales, artísticas o científicas, desde el nivel familiar al ámbito mundial.

Buscamos *crear*, en un sentido limitado y analógico, porque queremos expandir nuestra pequeñez dando la existencia a realidades que contienen algo de nosotros mismos y porque en esa actividad creadora se desarrollan nuestras potencialidades. Así dejamos una huella a nuestro alrededor que es como una ampliación de nuestra existencia, tan limitada en el tiempo, el espacio y la energía necesaria para mostrar nuestra tendencia insaciable a la Verdad, la Belleza y el Bien.

Pero un Dios que es VERDAD, BELLEZA y BIEN esencialmente infinitos, en una unidad que no admite distinciones ni limitaciones de perfección, no va a ser más feliz ni más perfecto creando que no creando. Por eso no podemos decir que crea por razón alguna que de un modo u otro implique que *debe* crear. Solamente podremos encontrar una *razón suficiente*, de conveniencia lógica, que muestre que el crear es posible y digno de ese Ser infinito e inmutable. Y la única respuesta debe ser, finalmente, su Bondad que tiene su efecto propio en comunicar felicidad a seres capaces de compartir en algún grado la felicidad eterna del Creador (Catecismo de la Iglesia Católica no.295). Esto implica crear *personas* que con su actividad cognoscitiva y volitiva libre reflejen lo que es la vida misma de Dios y así puedan tener analógicamente el mismo tipo de felicidad que El tiene.

CREACIÓN DE ÁNGELES

Filosóficamente podríamos sugerir la creación de seres espirituales, semejantes a Dios en esa actividad propia del espíritu solamente: conocimiento no sensorial sino intelectual, y volición no instintiva sino libre, regida por el conocer al Bien como tal. Plausiblemente diría también que tales seres creados no estarán en un marco espacio-temporal, como tampoco lo está Dios, si bien es difícil comprender una existencia sin cambio temporal en el caso de un ser finito y limitado: tampoco la comprendemos en el caso de Dios. Admitase esto provisionalmente como hipótesis para continuar con otros aspectos del desarrollo de la idea de creación.

La Teología nos habla de tales seres espirituales, los ángeles, primicias de la actividad creadora, *imágenes de Dios* por su naturaleza personal que refleja la naturaleza divina (Catecismo no. 328 y siguientes). Su vida es, como para Dios, solamente conocer y amar, con una actividad siempre finita pero que llena todo su ser y les hace participar de la felicidad del Creador, con una relación personal hacia El de carácter *filial*, porque la imagen más adecuada de un viviente es el hijo que refleja la naturaleza y la vida del que le da el ser.

La revelación de la Trinidad nos da, sin embargo, un aspecto insospechado de la vida divina. *Dios es familia*: tres Personas se comunican una única esencia, de modo que la misma existencia de cada Persona es inseparable, aun lógicamente, de la relación a las otras dos. El Padre no es sino su paternidad, ni es el Hijo sino filiación, ni pueden el Padre y el Hijo expresarse sino en la relación única y misteriosa al Espíritu que procede de ambos (véase la nota al final sobre el uso de la palabra "Padre" en el contexto de actividad divina).

Relaciones subsistentes constituyen las tres Personas como distintas, aun teniendo un único entendimiento y una sola voluntad, como única es la esencia y todas las perfecciones de Dios que nosotros podemos enumerar (Catecismo nos. 249-260). Verdaderamente es un misterio sobrecogedor, en que la total entrega mutua de las divinas Personas constituye su vida, de modo que, literalmente, no puede una vivir -existir- sino en relación a las otras dos, ni puede darse actividad independiente.

Pero si Dios es esencialmente familia, comunicación amorosa y total de vida, relaciones de total dependencia, este aspecto tan central de lo que Dios es no se refleja adecuadamente en la existencia de los ángeles como imágenes de Dios. Ellos no pueden comunicar vida, ni por creación (que exige omnipotencia estricta) ni por entrega de su ser en su totalidad, que no tiene sentido como dádiva a quien ya existe independientemente. Tampoco pueden, como espíritus simples, dar parte de sí mismos para una nueva existencia seminal que luego pueda desarrollarse plenamente. Por eso dice Sto. Tomás que cada ángel es una especie distinta, si bien estos conceptos de *género* y *especie*, tomados de los seres vivientes terrenos y de su compatibilidad reproductiva, no son

unívocamente aplicables a los espíritus.

Más simplemente podemos decir que los ángeles son realidades del mismo orden esencial, pero sin relaciones mutuas que establezcan dependencia de un individuo con respecto a otro, aunque se den relaciones cognoscitivas y volitivas basadas, últimamente, en reconocer en cada individuo del mundo angélico una imagen parcial y diversa de Dios (Catecismo no. 339), *a El en todas amando y a todas en El*, con la frase de S. Ignacio aplicada por él a nuestra relación con todas las criaturas.

CREACIÓN DE LA MATERIA

Podríamos en este momento considerar la posible existencia de otros seres, no simples, sino estructurados con partes diversas, seres en continuo cambio, que desarrollasen sus diversas potencialidades paulatinamente, y que fuesen capaces de dar algo de sí mismos para la formación de estructuras semejantes y dotadas de actividad propia que incluyese, una vez más, la transmisión de vida.

Por ser entidades compuestas y cambiantes, no serán espíritus, con la consecuente limitación de sus actividades: no podrán conocer lo abstracto ni tener libertad en sentido estricto, aunque estén dotados de órganos capaces de reaccionar a un entorno y sean posibles sus actividades dotadas de una cierta espontaneidad. Esta es la descripción de los vivientes materiales, anclados en el espacio y el tiempo, maravillosamente complejos, capaces de un desarrollo auto-controlado y de ilimitados cambios evolutivos en el desarrollo de cada individuo y en la enorme variedad de formas encontradas a lo largo de millones de años.

Todo el universo de la materia que estudian nuestras ciencias experimentales se ve como una continua ascensión hacia la vida y su desarrollo (Catecismo nos. 339-344). Las propiedades iniciales de la Gran Explosión establecen las cuatro fuerzas que luego estructuran galaxias, estrellas y planetas, preparando los elementos que permiten la química viviente, basada en el carbono y el agua líquida. No nos es posible decir todavía dónde ni cuándo ni cómo apareció la primera estructura viviente en la Tierra -ceniza de estrellas- ni cómo se da una evolución desde la célula más simple hasta los mamíferos, ni desde el óvulo fecundado a los 100 billones de células diferenciadas y organizadas de un primate adulto.

Podría decirse que parece mayor la originalidad de Dios como Creador al inventar la materia viviente que al crear espíritus angélicos, aunque esa vida, limitada a interacciones físico-químicas, termine siendo una imagen muy pobre y parcial de Dios. Pero le refleja en ser también capaz de relaciones de dependencia, que se van haciendo cada vez más profundas según avanza la complejidad vital: desde la simple división de una célula, que no permite llamar a una de ellas "hija" o "madre" más que a la otra, ni exige cuidado mutuo, hasta los primates que no pueden sobrevivir sino bajo los cuidados instintivos de los progenitores durante tiempos relativamente largos.

Tal vez sea este instinto lo que más nos atrae al observar el mundo animal, en todos sus niveles, contrapuesto a la belleza más auto-contenida y formal de los astros, los minerales y las flores.

CREACIÓN DEL HOMBRE

El último paso del Creador para encontrar un ser finito que refleje toda la riqueza de la vida divina podemos verlo en la unión, difícilmente concebible aun como posible, entre la materia y el espíritu. Un ser capaz de conocer y amar libremente, personal, y por tanto espíritu -como Dios es personal y espíritu inteligente y libre- pero también capaz de transmitir vida y de establecer relaciones familiares de dependencia mutua con otros seres semejantes (Catecismo nos 356-366). Espíritu ligado a la materia (Catecismo no 362-366), y consecuentemente actuando en el marco espacio-temporal propio de ella, con una verdadera unión esencial en que hay condicionamientos y dependencias mutuas que afectan a la actividad espiritual aun en lo más sublime que le es propio, como será el conocer y amar al Creador.

Y en la transmisión de vida quiere Dios que haya un entorno de entrega mutua total, de modo que el

amor de los padres cooperando con el amor eterno del creador, sea el entorno en que la nueva vida comienza a existir y donde se desarrolla luego, no sólo en lo biológico sino también en lo psicológico y espiritual. Así es el Hombre: imagen de Dios en todo aquello en que es posible que una criatura refleje la abundancia de vida que la Trinidad rebosa.

El Principio Antrópico, que encuentra la única razón lógica de las propiedades del Universo en su adecuación a la existencia de vida orgánica inteligente, subraya este carácter de destino final de cuanto Dios crea en el orden de la materia (Catecismo no.358). No es razón suficiente de que su Bondad cree el que se sintetizan núcleos atómicos en las estrellas durante tiempos más o menos largos, ni tampoco que unas células inconscientes se desarrollen por un programa genético complejísimo.

Sólo en una relación personal, de conocimiento y amor, puede Dios encontrar quien reciba sus dones más sublimes y comparta la felicidad que El posee esencialmente. Por eso sería absurdo, sin razón suficiente, un Universo material que no culmina en el Hombre, entendido como Animal Racional, con cualquier morfología corporal que queramos suponer. Es en este "microcosmos" donde se compendian todos los niveles de la obra creadora.

DIOS HECHO HOMBRE

La Teología cristiana nos abre un horizonte todavía más sublime al presentarnos el hecho central de la historia, humana y de todo el Universo, en la maravilla de la Encarnación: la unión de Creador y criatura en una única Persona divina, que es el Hombre perfecto (Catecismo nos. 456-478). Imagen esencial del Padre como Hijo eterno e Imagen creada de Dios como criatura humana, dando al Padre el reconocimiento y amor que es digno de El, y gozando en su plenitud del amor y felicidad que sólo Dios puede disfrutar en toda la profundidad de las relaciones personales trinitarias. Con respecto a nosotros, la Humanidad de Cristo actúa como germen de vida divina, transformadora de nuestra pequeñez para hacernos capaces de actividad propia de Dios, que debe culminar en la visión trinitaria donde *"le veremos como El es"*, en las palabras verdaderamente inspiradas en su atrevimiento de la primera carta de S. Juan (1Jn 3,2).

En la resurrección y ascensión de Cristo, la naturaleza humana penetra en el trono de la Trinidad, de tal modo que un Cuerpo -estructura material, de por sí cambiante y caduca- existe sin condicionamientos espacio-temporales (Catecismo nos.645- 646). La materia es adorada cuando adoramos el Cuerpo de Cristo, en la Eucaristía y en el cielo, y esa materia participa de la misma vida de Dios, elevada en dignidad sobre los ángeles, llena de vida y fuente de vida para todos nosotros, destinados a compartir la gloria de este Hombre *"por el cual todo fue hecho"* (Jn 1, 3; Col 1, 15-20).

Verdaderamente, ¡qué hermoso es el plan de Dios creador, y qué infinito e incomprensible su amor hacia su creación, pues ha querido hacernos familia suya! No es nuestra filiación tan sólo un título honorífico pero extrínseco, sino una transformación de todo nuestro ser como consecuencia de la maravillosa unión de la naturaleza humana con la divina en la única Persona de Cristo.

En cuanto nos es posible sugerir razones de por qué *el Hijo* se hizo Hombre, no el Padre o el Espíritu, es plausible indicar que sólo la segunda Persona, *siendo totalmente Hijo*, podía entrar en una relación filial en el nivel humano. No podía tener otro padre, pues es Hijo único del único Padre eterno, pero podía tener una Madre, y así entroncarse real y biológicamente en la familia humana. Es su personalidad de *Hijo* la que permite este enlace de dos naturalezas que permanecen distintas y perfectas, pero que realizan en dos niveles infinitamente distantes la realidad de verdadera filiación humano-divina en la unidad de Persona.

Cristo es siempre totalmente Hijo, de tal modo que nunca habla de sí mismo como Padre, aunque use el término "hijitos" hacia sus apóstoles como expresión de cariño en la última cena (Jn 13, 33), ni tuvo hijos según su naturaleza humana. Nuestra propia filiación se refiere al Padre, siendo *hijos en el Hijo* como miembros del Cristo místico y total.

De un modo paralelo podemos también sugerir que no era posible la unión de Dios con una criatura

en el nivel angélico, de espíritus puros, que no tienen capacidad de relaciones estrictamente familiares y de comunicación de su naturaleza. La unión de la divinidad con un ángel parecería más bien una yuxtaposición de dos realidades independientes, que no podrían integrarse en un YO personal único: no se mantendría la única realidad de la relación de *Hijo* para la totalidad de un hipotético “Dios hecho ángel”. Es nuestra misteriosa dualidad la que permite que todo el Hombre - alma y cuerpo- sea hijo de padres humanos, aunque sea Dios quien crea el alma cuando ellos le ofrecen la cooperación de sus cuerpos. Y fue la cooperación de María la que permitió que su humanidad diese a Dios el ser también Hombre (Catecismo nos.488-495).

EN LA CASA DEL PADRE

El plan de Dios Creador busca darnos su vida en una “eternidad” sin connotaciones de duración temporal, en un “Nuevo Cielo y Nueva Tierra” sin implicaciones espaciales. No es posible imaginar ni entender ese modo de existencia, aunque nos parece más aceptable como misterio referido solamente a Dios que como aplicado a criaturas tan cambiantes y obviamente materiales como nosotros.

Es, sin embargo, la vida eterna un dogma definido de nuestra fe, que refuerza nuestra exigencia instintiva de encontrar una vida después de la muerte, que no reduzca a un vacío sin sentido todo cuanto de hermoso y bueno hemos encontrado o realizado en nuestra existencia terrena (Catecismo nos. 1023-1029).

Desde un punto de vista meramente científico, ningún proceso evolutivo puede volver a la nada ni un sólo átomo ya existente: “nada se crea ni se destruye, sino sólo se transforma” en cualquier actividad de la materia según sus leyes. Por tanto ninguna previsión científica puede poner punto final a la evolución del Universo expandiéndose en un tiempo siempre sin límite y en un espacio siempre creciente, aunque sea cada vez más vacío, oscuro y frío. La materia -partículas, energía, vacío físico- continúa en cambio temporal y espacial, aunque no haya ni observadores ni posibilidades de vida o de reciclaje de las cenizas inertes de tantos astros.

¿Es esto todo como respuesta para nuestra pobre realidad humana? No. Tenemos indicaciones filosóficas y verdades teológicas que amplían nuestro horizonte hacia una esperanza luminosa y atrayente más allá que cualquier sueño de nuestra imaginación.

Primeramente es lógico argüir que la realidad espiritual que nos constituye en *personas*, el alma, siendo de orden no material, no tiene que perecer aunque se desmorone el cuerpo y se rompa su unión con la materia. Es verdad que la conocemos tan atada al cuerpo que no sabemos explicar cómo será su vida sin el constante aporte cognoscitivo de los sentidos y la actividad neuronal del cerebro. Si algo nos puede servir de paliativo a tal barrera, podemos recordar que no sabemos tampoco cómo se da el conocimiento abstracto y la volición libre con los condicionamientos materiales, ni cuál es el misterioso papel del cerebro en producir algo que no tiene parámetros medibles por los cuales pueda comprobarse o describirse ni la existencia ni el valor de una idea o de un amor. Donde nuestra ignorancia es tan grande, es arriesgado asegurar cuáles son los límites de posibles formas de existir.

Si el alma no perece, sino que continúa existiendo después de la muerte independientemente del cuerpo -como afirma la fe de la Iglesia en numerosos concilios y documentos auténticos del magisterio (Catecismo no. 366)- ya queda a salvo la finalidad del Universo material: ha servido para nuestra existencia. Pero esto no es suficiente para decir que el *Hombre*, esencialmente cuerpo y alma, sobrevive tras la muerte.

La fe en la resurrección de Cristo tiene como consecuencia necesaria la fe en nuestra propia resurrección, en que nuestro cuerpo, transformado como el de Cristo, también participa de un nuevo modo de vida independiente de las vicisitudes de la materia cósmica (Catecismo nos. 997-1001). Así es verdad también que el mundo material es rescatado de su “*servidumbre a la corrupción*” (Rom 8, 21), pues los cuerpos de todos aquellos rescatados por Cristo se libran de la destrucción que es el final *previsto por la Física*, tanto para el planeta Tierra y el Sol que lo hace habitable, como para las

estrellas en general y para todas las estructuras cósmicas en cualquier escala.

TIEMPO Y A-TEMPORALIDAD

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma de Cristo resucitado su corporeidad material junto con un nuevo modo de existir “a manera de espíritu” fuera del espacio y el tiempo. Parece, por tanto, que se indica que aun lo finito y creado puede existir sin esa continua mutación temporal, (al menos tal como la entendemos aplicada a nuestra vida presente y a nuestra experiencia de lo mutabilidad que es propia de la materia), viviendo en un “ahora” eterno que es propio de Dios y *tal vez de todo espíritu*.

También apunta en esa dirección la convicción teológica de la inmutabilidad del estado final del alma humana. No puede haber cambio de gracia a pecado ni puede haber arrepentimiento después de la muerte, pero eso *no es por una imposición externa*, como si Dios impidiese que alguien se arrepienta, sino por la *imposibilidad de cambio* cuando ya no hay tiempo. De modo semejante podemos referirnos a los ángeles y su caída: no ocurre tras un tiempo de gracia o como resultado de una deliberación subversiva, sino por un acto instantáneo de seres que se niegan a reconocer su dependencia de Dios en el mismo momento en que son conscientes de su existencia, y que quedan “petrificados” en esa actitud de rebeldía porque, una vez más, no puede haber cambio donde no hay flujo temporal.

No sabemos cómo piensa ni ama un espíritu puro, pero su conocer puede ser no discursivo, sino intuitivo, y ese modo no implica necesariamente los pasos lógicos que exigen tiempo para nuestro raciocinio. El acto de amar no tiene tampoco una connotación temporal si no se asocia con un conocimiento cambiante que presente nuevas razones o experiencias para intensificar la atracción del bien conocido como tal intuitivamente.

Más bien parece que toda nuestra experiencia interna de estos procesos como sucesivos se debe a la íntima unión de alma y cuerpo, por la que el espíritu humano existe ahora *a modo de materia*, y la función de raciocinio y la recuperación de datos o experiencias (memoria) dependen de actividades cerebrales. No hay una manera lógica de “almacenar” recuerdos en una sustancia espiritual simple.

Es verdad que la definición clásica de la eternidad dada por Boecio («Aeternitas igitur est interminabilis vitae tota simul et perfecta possessio») se expresa en términos de “la posesión simultánea y perfecta de una vida interminable”, que parece incompatible con la limitación de un ser finito. Tal vez la introducción del término temporal, de esa *simultaneidad*, nos induce a error en una situación en que el tiempo es lo que está cuestionándose; lo mismo ocurre cuando decimos que para Dios mi nacer y mi muerte “son simultáneos” porque El existe en un único *ahora* sin tiempo: podría objetarse que Dios verá las cosas como realmente son, y el morir *es posterior* al nacer. La dificultad de hablar sin contradicciones verbales, cuando se discute algo tan misterioso como es el tiempo, termina por dejar en duda muchas de las conclusiones que pueden deducirse últimamente sólo de nuestra experiencia, siempre impregnada de la temporalidad.

Si aceptamos como posible la existencia a-temporal de los ángeles, también puede admitirse como semejante la existencia del alma separada del cuerpo. Y el cuerpo *resucitado*, existiendo *a modo de espíritu* (el “*cuerpo espiritual*” de San Pablo, 1Cor 15, 44) existirá igualmente sin entorno espacial o temporal que sirva de marco necesario a su actividad, que ya no está regida por las simples leyes físicas sino por el perfecto control del alma sobre esa estructura material que goza de una divinización compartida con la del alma: *seremos como los ángeles del cielo* (Mt 23, 30). Esta transformación maravillosa *se ha dado ya en la humanidad de Cristo y de María* (Catecismo no. 966) y se dará *al fin de los tiempos* para todos aquellos que han sido incorporados a Cristo. Así lo enseña ininterrumpidamente la fe de la Iglesia a lo largo de los siglos, y en esta certeza se basa nuestra fe, como dice San Pablo a los fieles de Corinto.

LA VIDA ETERNA

“Ni ojo vio, ni oído oyó, ni cabe en pensamiento humano lo que Dios tiene reservado para los que le aman” (1Cor 2,9) . Si así confiesa San Pablo su incapacidad de explicar la vida eterna, sería presuntuoso creer que podemos hacer más que aceptar con gozo la enseñanza de la fe que nos dice

que veremos a Dios directamente, cara a cara (1Cor 13,12), o como dice San Juan: “Seremos como El, porque le veremos como El es” (1Jn 3,2).

No es posible comprender cómo una criatura, finita siempre, puede ver al Dios infinito como El es en su infinitud, aunque sea después de una divinización transformadora para dar al Hombre la capacidad que es naturalmente propia de Dios por su misma esencia. Pero nada menos asombroso satisface al Amor que nos llama a participar de la vida trinitaria, siendo “familia de Dios” por una real participación en su naturaleza.

Tampoco podemos entender la existencia del alma humana glorificada en el estado de felicidad celeste antes del fin de los tiempos. ¿Cómo podemos decir que una persona humana -necesariamente alma y cuerpo- existe de un modo adecuado antes de la resurrección de la Parusía?

Tal vez la única base plausible para responder se encuentre en la distinción entre *nuestro tiempo* y la *a-temporalidad* de un espíritu, como se explicó anteriormente. Desde *nuestro punto de vista*, hay un *intervalo de espera* entre la muerte y la resurrección, pero *no hay espera para Dios*, porque no hay tiempo.

Y es razonable decir que tampoco hay espera para el alma, que existe ya -como espíritu- fuera del espacio y el tiempo. Esto NO es lo mismo que decir que la resurrección ocurre para cada individuo en el momento de su muerte: para nosotros, inmersos en el tiempo, hay un intervalo temporal entre ambos sucesos, como lo hay entre el nacer y el morir, pero no para Dios ni para un espíritu.

Por nuestra unión con Cristo se potencia nuestra inteligencia para conocer como la inteligencia humana del Señor conoce su misma personalidad divina, intuitivamente, en una unión íntima sin barreras de analogías o inferencias laboriosas. A este conocimiento acompaña necesariamente el amor más total, que hace vibrar cada fibra del alma y aun del cuerpo glorificado, con un gozo de posesión afectiva como jamás podemos soñar. Será ésta una especial resonancia, distinta del amor y el gozo de los ángeles, en que nuestro corazón late al unísono con el Corazón humano de Cristo para amar al Padre con nuestro amor fundido con el suyo.

Podremos sentirnos privilegiados por esta especial relación que nos permite llamar a Cristo verdaderamente *hermano nuestro*, con la consecuencia feliz de ser especialmente hijos del Padre con una cercanía de familia que los mismos ángeles no tienen. Realmente Dios ha querido que también en este aspecto de la vida eterna se cumpla que los últimos serán los primeros, por pura gracia del Creador que buscó en Cristo la recapitulación de todas sus obras.

“*Tanto amó Dios al mundo que le envió a su único Hijo*” (Jn 3, 16). Estas palabras de Cristo a Nicodemo parecen resonar con admiración, aun del mismo Jesús, por la bondad infinitamente generosa del Padre. El ha querido que tengamos la misma felicidad que El tiene: el Hijo “*en quien tiene todas sus complacencias*”, su único tesoro (Mt 3, 17; 17, 5). Cuando un Amor infinito tiene a su servicio una Sabiduría y una Potencia también infinitas, no es posible hacer cálculos plausibles de las consecuencias en el tiempo y en la eternidad. Y DIOS ES AMOR.

M.M. Carreira, S.J.

NOTA: “PADRE” en el contexto trinitario y de la Encarnación

La revelación divina se hace en lenguaje humano, y Dios escoge ese lenguaje en un tiempo y una cultura concreta, de modo que exprese correctamente lo que es la Verdad comunicada.

En el tiempo de la revelación histórica judeo-cristiana, es obvio que las mitologías de todos los pueblos incluían dioses y diosas, siempre concebidos según el patrón humano, con cuerpos más o menos fantásticos y siempre de algún modo dotados de materia (por muy sutil que fuese) y de las funciones de alimentación y actividad sexual, frecuentemente incorporada ésta a los ritos de culto. Es en este contexto donde la afirmación de Yahvé se hace subrayando su carácter no material, que no tiene límites espacio temporales ni necesita alimento ni puede beneficiarse de servicio alguno de sus criaturas.

En la concepción primitiva de la fecundación se consideraba como siempre presente en el varón la capacidad de engendrar, mientras la esterilidad se atribuía exclusivamente a la mujer. Hoy sabemos que esto no es siempre así, y que ambos cónyuges pueden igualmente padecer algún tipo de esterilidad o puede darse una incompatibilidad biológica entre ellos.

Aun así el criterio biológico por el que se identifican las células sexuales como masculina y femenina, óvulo y espermatozoide, es su función propia: es el gameto femenino el de carácter receptivo, de mayor tamaño y capaz de ser activado en su desarrollo por el gameto masculino, móvil, que busca y se dirige al óvulo para fecundarlo, en una carrera múltiple en que hay un sólo ganador que logra introducir su material genético en el óvulo que espera pasivamente su llegada.

Este carácter *receptivo* es el que describe *primariamente* la palabra “Madre” en contraposición a “Padre”, sin que sean características diferenciadoras, de por sí, las actitudes de mayor o menor cuidado de la prole, de ternura o de otros modos de proceder más o menos comunes en los diversos seres vivientes.

A esta manera de entender el lenguaje debemos referirnos cuando queremos dar una razón de que *Dios se autodenomine “Padre” exclusivamente*, aunque utilice comparaciones con el cariño materno para subrayar su amor a nosotros. Sería ilógico pensar que tal denominación es impuesta a Dios por el contexto cultural (libremente escogido y predispuesto por El) y sería también irracional el decir que tenemos derecho a corregir el modo en que la revelación de hecho se ha dado.

Porque *en Dios no hay receptividad ni pasividad*, el concepto de “Madre” no es aplicable a El, pero sí el de “Padre”, que define la relación de pura actividad generativa hacia el Hijo. No hay un co-principio receptivo, sino que la generación se da por expresión cognoscitiva de la realidad total de la esencia del Padre, y esta es la “Palabra” que define al Hijo como “Verbo”. Por esta total *identificación de las Personas con su relación*, hemos dicho que el Hijo solamente puede tener un Padre, no dos, y que Cristo *-Persona Divina-* no tuvo padre humano.

De modo semejante, sólo tuvo una Madre, María, que fue la que *recibió la actividad del Espíritu* que fecundó su seno, no con una aportación biológica, sino con una acción milagrosa que dio al óvulo el impulso necesario para desarrollarse y que modificó su ADN para que naciese un varón sin el aporte normal del cromosoma llevado por el gameto masculino. Esta es la frase tradicional acerca de Cristo: *Hijo de un solo Padre en la eternidad, y de una sola Madre en el tiempo*.

Como nuestra relación hacia Dios se basa en nuestra incorporación al Hijo -ser hijos en el Hijo- también nosotros nos dirigimos a El con el título de *Padre*, como Cristo nos enseñó al enseñarnos a orar y subrayó al decirnos que no llamemos *Padre* (en el sentido total, que incluye su significado de majestad acreedora a sumisión y reverencia) a nadie en la tierra. No hay justificación para cambiar esta enseñanza por ningún tipo de añadidura periférica de orden afectivo o social.